

Las casas-cueva en Los Barrios

Eduardo Briones Villa / IECG - Ayuntamiento de Los Barrios

Carlos Gómez de Avellaneda Sabio / IECG

Recibido: 23 de junio de 2023 / Revisado: 23 de agosto de 2023 / Aceptado: 8 de octubre de 2023. Publicado: 6 de abril de 2023

RESUMEN

La comarca del Campo de Gibraltar tiene un rico patrimonio etnológico que, día a día, disminuye por cambio de costumbres o fallecimiento de los usuarios, por lo que conviene potenciar los trabajos de campo que documenten este legado. Dentro de esta riqueza, la vivienda popular resulta interesantísima en todas sus facetas y, por ello, aquí presentamos un estudio sobre un raro ejemplo de vivienda semi-troglodítica, del cual se conocen muy pocos ejemplares en la zona del Estrecho.

Palabras clave: etnografía, antropología, trabajo de campo, vivienda popular, casa-cueva, Campo de Gibraltar

ABSTRACT

The region of Campo de Gibraltar has a rich ethnological heritage which, day by day, is diminishing due to changes in customs or the death of the users, which is why it is advisable to promote field work to document this legacy. Within this wealth, the popular dwelling is of great interest in all its facets and, for this reason, we present here a study of a rare example of a semi-troglodytic dwelling, of which very few examples are known in the area of the Strait of Gibraltar.

Keywords: ethnography, anthropology, fieldwork, popular housing, cave-dwelling, Campo de Gibraltar.

1. INTRODUCCIÓN. UN POCO DE HISTORIA

Es bien sabido que las cuevas y abrigos rocosos se han venido utilizando desde los albores de la humanidad por grupos de individuos que aprovechaban las condiciones del medio natural para establecer en él su vivienda. Además de contar con numerosos ejemplos en el registro arqueológico, este tipo de hábitat ha estado presente hasta tiempos muy recientes en gran parte de Europa, Asia, África y América.

La extensión de la cueva como un tipo característico de vivienda popular tiene su explicación en la preexistencia en el terreno de un lugar protegido, cubierto o parcialmente cubierto, unido a la facilidad de su construcción/ acondicionamiento –en aquellos casos donde la roca se trabaja y transforma manualmente–, permitiendo ésta, por tanto, el resguardo de la intemperie con bajos costes de mantenimiento.

2. VIVIENDAS RUPESTRES EN ANDALUCÍA

Si nos centramos en el lugar geográfico que nos ocupa, la cueva habitada en Andalucía adquirió una enorme relevancia histórica y mantiene importante significación actual, no en vano existen en la actualidad un buen número de casas-cueva habitadas. Tal es el caso de provincias como Granada, donde pueblos como Guadix son especialmente conocidos por sus casas-cueva. En estos pueblos, el proceso de rehabilitación y adecuación de tan particulares viviendas se está viendo incrementado en los últimos tiempos, en el que, al tradicional uso de residencia permanente, se une el de residencia estacional que, a su vez, se complementa con el turístico, cada vez más en auge.

Es, especialmente desde finales del siglo XV, cuando se empiezan a documentar las referencias a cuevas habitadas. En este sentido, hay autores que

consideran que el aumento de este tipo de hábitats estuvo motivado por la expulsión de los moriscos del reino de Granada, acaecida en el último tercio del siglo XVI. Dicho fenómeno aparece constatado en algunos enclaves de Castilla-La Mancha, donde llegaron moriscos procedentes del noreste de la provincia de Granada, llevando con ellos este concepto de vivienda que ya utilizaban en sus lugares de origen.

Si bien las referencias comienzan en la Edad Media, el modelo se extiende durante la Edad Moderna, pero sobre todo se desarrolla durante el siglo XIX y primera mitad del XX, coincidiendo con etapas de expansión demográfica, inmigración y puesta en cultivo de nuevas tierras. En un principio, dicho proceso puede estar conectado, como ocurrió en la provincia de Granada, con los procesos de desamortización de Mendizábal (1836) y de Madoz (1855).

Por el contrario, a partir de los años 60 del siglo XX, se produce un importante desplazamiento del campo a la ciudad, motivado especialmente por mejores y mayores oportunidades laborales y salariales, con servicios de más calidad y un mayor bienestar material, alejado del concepto de “infravivienda”.

Es inevitable que, en la actualidad, pensemos en este tipo de hábitat como indeseable, y se nos vengan a la imaginación las adversidades y malas condiciones de vida que tuvieron que soportar quienes habitaron en ellas.

Hay tantas experiencias como personas. Desconocemos los casos particulares de cada una de las familias que experimentaron este modo de vida, pero hemos tenido la suerte de poder hablar con un vecino de Los Barrios que nos cuenta cómo y por qué habitó en una de esas casas-cueva en el término de Los Barrios. Nada tan preciso y veraz como el testimonio directo de alguien que vivió la experiencia en primera persona.

3. ENTREVISTA A ANDRÉS MATEOS

Andrés Mateos tiene 69 años y reside actualmente en el pueblo de Los Barrios. Fue entrevistado el 14/I/20 en el lugar donde vivió durante parte de su infancia: una casa-cueva.

Tenía cinco años cuando ofrecieron a su padre, Manuel Mateos Sánchez, apodado “el Cuevas”, trasladarse a vivir a una de las casas-cueva en el monte de las Llanadas, en la finca del Palancar. Él y sus padres vivían en Zanona, que entonces era una finca privada que pertenecía a los Botey.



Lámina 1. Vista de la casa-cueva desde el camino de llegada. Imagen de los autores



Lámina 2. Casa-cueva en la que vivió Andrés Mateos. Delante, a la izquierda, el horno de pan que hizo su padre a mediados de los 50. Imagen de los autores

Su padre era cabrero y, según nos cuenta Andrés, en Zanona iban a hacer un coto e iban a prohibir el pasto de ganado. Fue entonces cuando les ofrecieron irse a vivir a las casas-cueva de “las Llanás”, que era de los mismos propietarios, y así poder continuar con su labor de cabrero.

Fue en 1955 cuando se trasladan allí él, sus dos hermanos y sus padres. Se trataba de un arrendamiento, se pagaba una cuota por pastos.

Cuando llegamos al lugar, llaman nuestra atención tres grandes rocas, que sobresalen de la vegetación del paisaje, en piedra arenisca –propia de la geología de la zona– las tres tienen vano de entrada: son las casas-cueva.

Comienza Andrés diciendo estas palabras: “La gente que no ha vivido aquí ni lo entiende ni lo saben”.

Ellos vivían en uno de los tres abrigo y otra familia, de seis miembros, en la de enfrente. Hay una tercera casa-cueva donde, durante poco más de un año, vivió una pareja de gitanos “que no se relacionaba con nadie” y que, cuando se fueron, no volvieron a saber de ellos.

La boca del abrigo, la entrada, está orientada al suroeste. Al ser en origen de gran tamaño, ésta fue cerrada con bloques de ladrillo para ajustar el tamaño. “Este cierre ya existía cuando nosotros llegamos”, relata. En la actualidad no tiene puerta, aunque nos cuenta Andrés que “tenía un portón de madera de categoría”.

Delante de la entrada al abrigo, en la parte izquierda, vemos un horno de pan. Está perfectamente conservado, se le aprecia una cuidada factura de piedra arenisca bien labrada: “Este horno lo fabricó mi padre al poco de llegar”, nos dice Andrés con orgullo. “Él recogió y trabajó las piedras y construyó este horno, que funcionó perfectamente durante todo el tiempo que estuvimos aquí”. Nos cuenta, además, que lo usaban también sus vecinos, ya que se turnaban con las otras familias para hacer el pan semanalmente: “El pan antes duraba mucho más, porque era natural y auténtico”.

Para acceder a la entrada de la casa-cueva había un camino de piedras, que, aunque deteriorado, aún se ve. Apenas accedemos al



Lámina 3. Andrés Mateos junto al horno de pan que construyó su padre, Manuel Mateos Sánchez. Imagen de Alfonso Pecino

interior, cuando Andrés nos indica que, antes, la cueva no estaba así. “Ahora está todo muy sucio porque han hecho candelas aquí dentro, pero estaba todo muy blanco, encalado, tanto por fuera como por dentro”.

Bien es sabido que la cal en el interior de las casas aprovecha al máximo la luz, la refleja y confiere al espacio más luminosidad y sensación de amplitud, además de servir como aislante de humedad y actuar como desinfectante. Lo que resulta curioso, y suele ser una constante en este tipo de vivienda, es que también se encalaban por fuera. Resulta interesante a este respecto la reflexión de Fernández Serrano (Fernández *et al*, 1982) de los motivos, quizás no completamente conscientes (o sí), de querer marcar lo que es artificial de lo natural. En la arquitectura rupestre es el mismo medio natural el que constituye la vivienda, por lo que hay una intención de “hacer fachada” y así ocultar el carácter rural, dotándola del arquetipo de vivienda tradicional.

El interior del abrigo no es grande. De superficie plana, tiene apenas unos 2'50 m de

profundidad x 3'50 m de anchura, a los que se le suman varios metros más de espacio hacia el interior que sube en pendiente.

Por varios sitios de la estancia, horadadas en la roca, se ven oquedades –unas más grandes, otras más pequeñas– para poner y albergar objetos, por ejemplo, las vasijas con agua. La ausencia de mobiliario se suplía de esta forma, tallando hornacinas y nichos en las paredes del interior. También, nos cuenta Andrés, acondicionó su padre la piedra del suelo de entrada para que estuviera más llano.

“Yo dormía con mi hermano en una cama que estaba entrando a la izquierda, y mis padres justo en el otro lado, a la derecha, con la hermana pequeña”. Nada de lo que hay allí hace imaginar que pudiera haber existido alguna vez una cama o algo parecido. A la pregunta de cómo dormían, cómo eran las camas, responde: “Eran camas-camas”, de eso está seguro, pero no llega a recordar cómo se las ingenió su padre para que estuvieran elevadas. Hay dos huecos alargados rebajados en la pared rocosa a ambos lados de la

estancia que hacen suponer que sirvieron para tal fin.

Se abren en la pared de ladrillo de la entrada dos pequeñas ventanas, a ambos lados de la puerta. Servían para la ventilación y para entrada de luz cuando tenían la puerta cerrada “las cerrábamos con corcho”. Y por la noche “nos alumbrábamos con el petroman” (una popular carburera de mayor tamaño y capacidad de iluminación que un quinqué).

Cuando llegaron al abrigo a vivir eran cinco: él, sus dos hermanos y sus padres. Una vez allí, nacieron dos hermanos más: “La pequeña nació ya en la casa de abajo”, en referencia a una vivienda situada en esta misma zona unos kilómetros al sur.

Viendo aquel reducido espacio, parece imposible pensar que se organizaran para dormir todos allí, pero lo hicieron, y no parece haber sido infeliz por ello. Más bien todo lo contrario. De hecho, cuando se le pregunta por las condiciones en las que vivían, nos cuenta que él recuerda vivir muy cómodo, que cuando hacía calor allí dentro no lo sentían y que, con el frío, pasaba lo mismo. Este hecho es muy resaltado por todas las personas que han vivido en este tipo

de sitios, incluso en zonas más frías de España: sus habitantes señalan que, tanto en invierno como en verano, usaban en el interior la misma ropa.

Tiempo después, su padre construyó, adosada a la pared exterior del abrigo, una pequeña choza de piedra trabada con barro, que les servía de cocina y donde estaba la mesa: “Allí se guardaban los alimentos y todas las viandas y estaba cubierto de monte y junco para que no entrara agua”. Aún se pueden ver los restos derruidos de esta construcción, todo cubierto por una espesa vegetación.

Justo enfrente del abrigo tenían un huerto, y un poco más arriba, el recinto de piedra para guardar a los animales. Este huerto era el de invierno, y se regaba solo, con el agua de la lluvia. Hoy sólo se ven partes del cercado que lo rodeaba, restos de un muro de piedra, para protegerlo de los animales. Más allá de eso, poco queda del espacio hortícola, cubierta ahora toda la zona de vegetación forestal.

Nos explica Andrés que, cuando vivían allí, lo tenían todo “muy limpio de matorrales”, y que había muchísimos árboles, muchos alcornoques. Se lamenta que a día de hoy tiene claro que se van



Lámina 4. Zona donde dormían sus padres. Junto al vano de acceso, una de las ventanas que se cubrían con corcho. Imagen de los autores



Lámina 5. Huecos para albergar vasijas en el interior del abrigo. Imagen de los autores

a perder todos: “Hubo un tiempo que pensaba que no”, pero la evolución que ha visto, nos dice, le hace tener esta opinión tan negativa.

Un poco más abajo hay una fuente, una surgencia natural a la que se le hizo una estructura de piedra a modo de brocal y que cubrían con una tapadera de chapa para mantenerla limpia.

Descendemos unos pocos metros para ir a verla, pero el exceso de vegetación nos impide llegar a ella. “Me gustaría enseñárosla”. De allí recogían el agua y la subían todos los días con vasijas. Ahí estaba el huerto de verano, que “se regaba con el agua de la charca”. Hicieron una pequeña presa y la abrían cada vez que querían regar.

“En el campo se trabaja mucho”. Desde que llegó con cinco años ayudaba a su familia con el ganado y con todo, “pero también jugábamos”. De hecho, recuerda haber disfrutado de cosas de las que “desgraciadamente hoy ya no se puede disfrutar”.

También había tiempo para estudiar. Iban a la escuela todos los días, de 9 a 12, en una casa

privada en Huerta Varea. Su maestro venía de Alcalá todos los días y “le pagaban nuestros padres por venir a enseñarnos”. Actualmente se ven las ruinas de este edificio cercano a la autovía, junto a la carretera secundaria de Valdespera: “Por aquí antes apenas pasaban coches”. Iban y venían andando.

– Pero eso estaba muy lejos, ¿no, Andrés?

– ¡Qué va, si apenas tardábamos 20 minutos! –la pérdida de perspectiva de los que hemos nacido en una época bien distinta–. Y, cuando salíamos de la escuela, nos liábamos otra vez con las tareas del campo.

Nos cuenta que, siendo la época de posguerra tan dura, donde había tanta gente que a menudo no tenían para comer, él considera que vivió “como un señorito”. Nunca pasaron hambre. “Los mejores chivos –nos dice–, los mejores cochinos, la mejor verdura, los mejores huevos, nos los comíamos nosotros”.

Con el excedente, comerciaban. Hasta allí llegaban los recoveros y los diteros, oficios estos prácticamente desaparecidos, mientras que, donde se mantienen, están a punto de



Lámina 6. Entrada empedrada de la casa. Imagen de los autores

estarlo. Nos explica Andrés quienes eran y la diferencia entre uno y otro. Estos hombres visitaban las casas, normalmente en mulo o a caballo, y llegaban a todos los sitios, también a las casas-cueva. Los recoveros se dedicaban a intercambiar sus productos (azúcar, jabón, trapos, etc.) por los que su familia producía en el campo. Se dedicaban al trueque. La misma forma de comercio primitivo que surgió en la Prehistoria, cuando el hombre empezó a producir más de lo que podía gastar y que ha estado vigente miles de años después, hasta hace apenas cincuenta años.

El ditero vendía todo tipo de enseres, llevaba una libreta de cuentas con el dinero que se le debía, y se les iba pagando semanalmente.

Estando allí, en medio del campo, uno imagina que vivían aislados. Pero nada más lejos de la realidad. “Había bullicio por todas partes, la mayor parte de la población vivía aquí en el campo”. No solamente convivían con las gentes que vivían en sitios cercanos (Cucarrete, La Teja...) sino que “también estaban los militares de la Polvorilla”. Allí iban a ver la televisión cuando transmitían algún acontecimiento. Cuando eran un poco más mayores, se reunían en las romerías, “como la fiesta de San Miguel, en Cucarrete”.

Andrés y su familia estuvieron allí hasta 1962. En ese momento eran cinco hermanos y le ofrecieron a su padre irse a una vivienda un poco más abajo, también en la zona de la Llanadas. “Y, claro, nos fuimos, porque era un lugar más grande, éramos ya cinco hermanos y tenía más comodidades”.

Aun así, visitaban mucho la zona de las cuevas durante el tiempo que, vivieron abajo, “yo sí lo echaba de menos”, según confiesa.

En esta otra casa estuvieron hasta comienzo de los noventa. Finalmente se fueron a vivir a la zona del Palmarillo, en el pueblo de los Barrios, donde sigue viviendo su madre.

Durante parte de la conversación, y después de estar largo rato en las cuevas y su entorno, nos hemos sentado en unas rocas, y allí hemos continuado charlando. Nos dice Andrés lo rápido que se le ha pasado la mañana paseando por allí y lo bien que se encuentra sentado en esas rocas y “es que aquí estoy como en mi casa”. Nunca mejor dicho.

No se nos escapa a ninguno de los que compartimos este rato tan encantador con él que, mientras nos habla de cuevas, mulos, diteros, cabras, huertos, candelas y luz de petroman... le ha sonado el teléfono móvil en varias ocasiones. Cuánto recorrido en tan solo una vida.

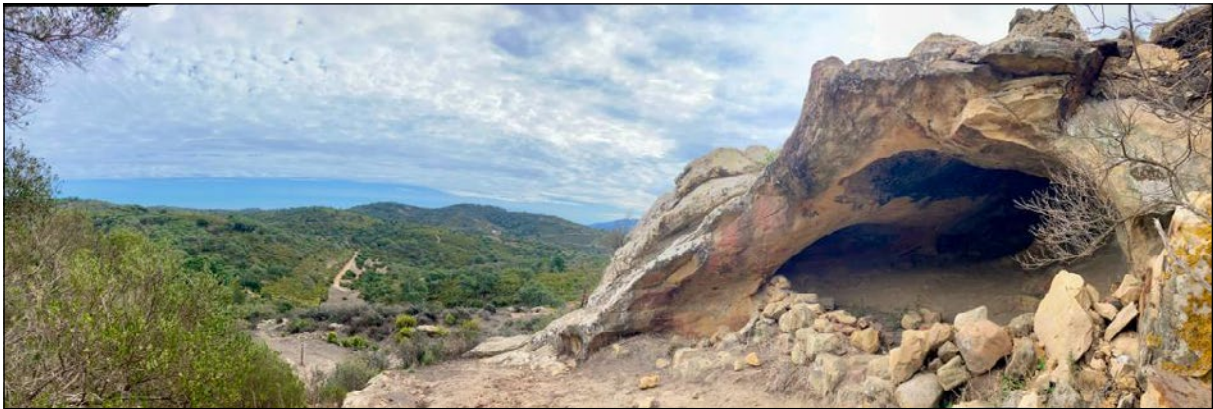


Lámina 7.- Vista de otra casa-cueva situada frente a la casa de Andrés. Imagen de Javier Camacho



Lámina 8.- Vista general del interior de la cueva. Imagen de Javier Camacho

4. CONCLUSIONES

El instrumento principal de la etnología es el trabajo de campo y, de éstos, se realizan muy pocos. Si este no se hubiera realizado a tiempo, el fallecimiento del informante hubiera hecho perderse una profusión tal de datos que hubiera limitado el estudio a un simple análisis formal de carácter arqueológico. La comarca del Campo de Gibraltar tiene un patrimonio etnológico que disminuye día a día, a causa de la desaparición de las personas que lo mantienen vivo. Ante esta situación, es urgente promover trabajos de campo como el que aquí presentamos, que, dentro de su modestia, creemos que ha cubierto un pequeño vacío en la comprensión de un elemento singular dentro de una variedad de vivienda que aparentemente ha sido muy poco utilizada, pero que necesita una mayor investigación dada la riqueza en pequeñas cavidades naturales que presenta la comarca. Si admitimos el uso de materiales perecederos de origen vegetal, para el

cerramiento de estas cavidades, tendríamos que plantearnos un uso en tiempos pasados de este tipo de habitación mucho más intenso de lo que pensamos.

Un denominador común en los comentarios que hacen las personas que vivieron en el campo en aquellos años, es que fueron tiempos muy felices. El caso de Andrés Mateos es uno de ellos. Una característica entre los vecinos era el alto nivel de convivencia que disfrutaban: compartían casi todo; por ejemplo, el pan lo hacía cada semana una familia y se repartía, las fiestas las vivían entre todos, los niños entraban por todas las casas casi como por la suya, etc. Un reciente estudio de la Universidad de Harvard sobre la felicidad (1938-2014) concluye que lo importante para mantenernos felices y saludables a lo largo de la vida es la calidad de nuestras relaciones. Pensamos que puede ser una causa importante de la felicidad que recuerdan aquellas personas. Estas casas-cueva se pueden visitar, dentro de un

itinerario de uso público en la finca El Palancar (Ayuntamiento de Los Barrios).

5. AGRADECIMIENTOS

A Cibeles Fernández Gallego, arqueóloga que realizó gran parte del trabajo de la entrevista que se hizo a Andrés Mateos.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Asenjo Sedano, C. (1972). Las Cuevas de Guadix: Sus orígenes. *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*. pp. 85-103.
- Bosque Maurel, J. (1962). *Geografía Urbana de Granada*. Zaragoza: Instituto Juan Sebastián Elcano.
- Cabanas, R. (1956). “Notas para el estudio del hábitat en la provincia de Jaén”. *Estudios Geográficos*. p. 374-405.
- Feducci, D. (1976). *Itinerarios de Arquitectura Popular en España*. Barcelona: Blume.
- Fernández Serrano, J. (1982). “La Arquitectura Rupestre de Chinchilla de Monte Aragón”. *Revista de Estudios de Artes y Costumbres Populares*, vol.27.
- Flores, C. (1973). *Arquitectura Popular*. Madrid.
- Jessen, O. (1955). “Las viviendas troglodíticas en los países mediterráneos”. *Estudios Geográficos*, 1955, p. 137-157.
- Moreno Sánchez, J. (1971). “El hábitat rural en el Altiplano de la Sagra y María”. *Estudios Geográficos*, pp.291-353.
- Saénz Lorite, M. (1977). *El Valle del Andarax y el Campo de Níjar*. Granada: Universidad de Granada.
- Suarez Japón, J. M. (1982). *El hábitat rural en la Sierra de Cádiz. Un ensayo de Geografía del Poblamiento*. Cádiz: Diputación de Cádiz.

- Torres Balbás, L. (1946). “La casa popular en España”, en Carreras y Candi, F. *Folklore y Costumbres de España* (III). Barcelona: A. Martin.
- Urdiales Viedma, M. E. (1987). *Cuevas de Andalucía. Evolución, situación y análisis demográfico en la provincia de Granada*. Granada: Consejería de Obras Públicas y Transportes.
- Urdiales Viedma, M. E. (2003). “Las cuevas-vivienda en Andalucía: de infravivienda a vivienda del futuro”. *Scripta Nova* (VII), núm. 146(051). Universidad de Barcelona.

Eduardo Briones Villa

Licenciado en Biología.
Departamento de Medio Ambiente del Ayuntamiento de los Barrios.
Presidente de la Sección X del Instituto de Estudios Campogibaltareños
Carlos Gómez de Avellaneda Sabio
Doctor en Historia por la UNED.
Presidente de la Sección II del IECG

Cómo citar este artículo

Eduardo Briones Villa y Carlos Gómez de Avellaneda Sabio. “Las casas-cueva en Los Barrios”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (60), abril 2024. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 131-140.
